

que, dentro, Él está con nosotros; y esta vez, resucitado de los muertos. ¡Quédate con nosotros! ¡Quédate y cúrmanos, que estamos ciegos para ver con los ojos de la fe! Así te reconoceremos. Quédate con nosotros a comer, reanima nuestro desaliento. Quédate con nosotros, quédate... y deja que se pase el tiempo.

PARROQUIA SAN BASILIO EL GRANDE.

C/ Fernando Poo, 36-28045-MADRID
Tlf: 914732135 / <http://sanbasilioelgrande.org>
Facebook: @miparroquiasanbasilio

DOMINGO III DE PASCUA. c A 23-4-23

LECTURAS DE LA SEMANA

LUNES 24	Hch 6,8-15; Jn 6,22-29
MARTES 25	1 Pe 5,5b-14; Mc 16,15-20
MIÉRCOLES 26	1 Cor 2,1-10; Mt 5,13-16
JUEVES 27	Hch 8,26-40; Jn 6,44-51
VIERNES 28	Hch 9,1-20; Jn 6,52-59
SÁBADO 29	1 Jn 1,5-2,2; Mt 11,25-30

COMENTARIO AL EVANGELIO

Los relatos pascuales más que insistir en el carácter prodigioso de las «apariciones» del Resucitado, nos descubren diversos caminos para encontrarnos con él. Los discípulos poseen aparentemente todos los elementos necesarios para creer. Conocen los escritos del Antiguo Testamento, el mensaje de Jesús, su actuación y su muerte en la cruz. Han escuchado también el mensaje de la resurrección. Las mujeres les han comunicado su experiencia y les han confesado que «está vivo». Todo es inútil. Los de Emaús siguen su camino envueltos en tristeza y desaliento. Todas las esperanzas puestas en Jesús se han desvanecido con el fracaso de la cruz. El evangelista nos va a revelar dos caminos para recuperar la esperanza y la fe viva en el resucitado. El primer camino es *la escucha de la palabra de Jesús*. Aquellos hombres, a pesar de todo, siguen pensando en Jesús, hablando de él, preguntando por él. Y es, precisamente entonces, cuando el resucitado se hace presente en su caminar. Allí donde tinos hombres y mujeres recuerdan a Jesús y se preguntan por el significado de su mensaje y su persona, allí esta él, aunque seamos incapaces de reconocer su presencia y su compañía. No esperemos grandes prodigios. Si alguna vez, al escuchar el evangelio de Jesús y recordar sus palabras, hemos sentido «arder nuestro corazón», no olvidemos que él camina junto a nosotros. Pero el evangelista nos recuerda una segunda experiencia. Es *el gesto de la Eucaristía*. Los discípulos retienen al caminante desconocido para cenar juntos en la aldea de Emaús. El gesto es sencillo pero entrañable. Unos caminantes, cansados del viaje, que se sientan a compartir la misma mesa. Unos hombres que se aceptan como amigos y descansan juntos de las fatigas de un largo caminar. Es entonces cuando los discípulos van a «abrir sus ojos» para descubrir a Jesús como alguien que alimenta sus vidas, les sostiene en el cansancio y los fortalece para el camino. Si alguna vez, por pequeña que sea nuestra experiencia, al celebrar la Eucaristía, nos sentimos fortalecidos en nuestro camino y alentados para continuar nuestro vivir diario, no olvidemos que él es nuestro «pan de vida».



CANTO DE ENTRADA

- NACER Y RENACER del agua y del espíritu; / nacer y renacer. Morir para vivir. Ser sumergidos en el agua del Bautismo (2)
2. Nacer y renacer del aliento del espíritu; / nacer y renacer. Morir para vivir. No apaguéis la llama del Espíritu (2)

1ª LECTURA: Hch 2, 14. 22-33

El día de Pentecostés, Pedro, de pie con los Once, pidió atención y les dirigió la palabra:—«Judíos y vecinos todos de Jerusalén, escuchad mis palabras y enteraos bien de lo que pasa. Escuchadme, israelitas: Os hablo de Jesús Nazareno, el hombre que Dios acreditó ante vosotros realizando por su medio los milagros, signos y prodigios que conocéis. Conforme al designio previsto y sancionado por Dios, os lo entregaron, y vosotros, por mano de paganos, lo matasteis en una cruz. Pero Dios lo resucitó, rompiendo las ataduras de la muerte; no era posible que la muerte lo retuviera bajo su dominio, pues David dice, refiriéndose a él: "Tengo siempre presente al Señor, con él a mi derecha no vacilaré. Por eso se me alegra el corazón, exulta mi lengua, y mi carne descansa esperanzada. Porque no me entregarás a la muerte ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción. Me has enseñado el sendero de la vida, me saciarás de gozo en tu presencia". Hermanos, permitidme hablaros con franqueza: El patriarca David murió y lo enterraron, y conservamos su sepulcro hasta el día de hoy. Pero era profeta y sabía que Dios le había prometido con juramento sentar en su trono a un descendiente suyo; cuando dijo que "no lo entregaría a la muerte y que su carne no conocería la corrupción", hablaba previendo la resurrección del Mesías. Pues bien, Dios resucitó a este Jesús, y todos nosotros somos testigos. Ahora, exaltado por la diestra de Dios, ha recibido del Padre el Espíritu Santo que estaba prometido, y lo ha derramado. Esto es lo que estáis viendo y oyendo».

SALMO RESPONSORIAL

Señor, me enseñarás el sendero de la vida.

Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti;
yo digo al Señor: «Tú eres mi bien».
El Señor es el lote de mi heredad y mi copa;
mi suerte está en tu mano.

Bendeciré al Señor, que me aconseja,
hasta de noche me instruye internamente.
Tengo siempre presente al Señor,
con él a mi derecha no vacilaré.

Por eso se me alegra el corazón,
se gozan mis entrañas,
y mi carne descansa serena.
Porque no me entregarás a la muerte,
ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción.

Me enseñarás el sendero de la vida,
me saciarás de gozo en tu presencia,
de alegría perpetua a tu derecha.

2ª LECTURA: 1 Pe 1, 17-21

Queridos hermanos: Si llamáis Padre al que juzga a cada uno, según sus obras, sin parcialidad, tomad en serio vuestro proceder en esta vida. Ya sabéis con qué os rescataron de ese proceder inútil recibido de vuestros padres: no con bienes efímeros, con oro o plata, sino a precio de la sangre de Cristo, el Cordero sin defecto ni mancha, previsto antes de la creación del mundo y manifestado al final de los tiempos por nuestro bien. Por Cristo vosotros creéis en Dios, que lo resucitó de entre los muertos y le dio gloria, y así habéis puesto en Dios vuestra fe y vuestra esperanza.

EVANGELIO: San Lucas 24, 13-35

Dos discípulos de Jesús iban andando aquel mismo día, el primero de la semana, a una aldea llamada Emaús, distante unas dos leguas de Jerusalén; iban comentando todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo. Él les dijo:—«¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?». Ellos se detuvieron preocupados. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le replicó:—«¿Eres tú el único forastero en Jerusalén, que no sabes lo que ha pasado allí estos días?». Él les preguntó:—«¿Qué?». Ellos le contestaron:—«Lo de Jesús, el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él fuera el futuro liberador de Israel. Y ya ves: hace dos días que sucedió esto. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado: pues fueron muy de mañana al sepulcro, no encontraron su cuerpo, e incluso vinieron diciendo que habían visto una aparición de ángeles, que les habían dicho que estaba vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron». Entonces Jesús les dijo:—«¿Qué

necios y torpes sois para creer lo que anunciaron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto para entrar en su gloria?».Y, comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas, les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura. Ya cerca de la aldea donde iban, él hizo ademán de seguir adelante; pero ellos le apremiaron, diciendo:—«Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída». Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció. Ellos comentaron:—«¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?».Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo:—«Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón». Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

CANTO DE OFERTORIO

Pongo mi vida en tus manos, Padre mío me abandono a tí, haz de mi lo que quieras,
estoy dispuesto a aceptarlo todo (bis)
con infinita confianza porque tú, tú eres mi Padre.

CANTO DE COMUNIÓN

QUÉDATE JUNTO A NOSOTROS QUE LA TARDE
ESTÁ CAYENDO, / PUES SIN TI A NUESTRO LADO /
NADA HAY JUSTO, NADA HAY BUENO.

1. Caminamos solos por nuestro camino, / cuando vemos a la vera un peregrino, / nuestros ojos, ciegos de tanto penar / se nos llenan de vida, se nos llenan de paz.
2. Buen amigo, quédate a nuestro lado, / pues el día ya sin luces se ha quedado; / con nosotros quédate para cenar / y comparte mi mesa y comparte mi pan.
3. Tus palabras fueron la luz de mi espera, / y nos diste una fe más verdadera; / al sentarnos junto a tí para cenar, / conocimos quién eras al partírnos el pan.

Íbamos dos camino de Emaús, entristecidos, discutiendo, y sucedió que vimos a Jesús y no supimos conocerlo. Él preguntó: "¿Qué cosas discutís?". Dijimos: "Lo del Nazareno. Muerto en la cruz en plena juventud... ¡aún no podemos comprenderlo! ¡Era él el Mesías de Israel! Muchos llegamos a creerlo. Y ahora, ¿qué? Ya hace tres días que fue sacrificado por el pueblo. Él respondió que así debía ser, que estaba escrito su tormento, y reavivó nuestra apagada fe: el corazón ardía por dentro. ¡Quédate con nosotros, quédate. Ven, y comparte nuestro techo. ¡Quédate con nosotros! ¡Quédate!
La oscuridad está cayendo.
Él sonrió, y entró para cenar. Partiendo el pan y bendiciendo nos lo entregó, diciendo nada más:
"Tomad, comed, esto es mi cuerpo"
Y después ya no le pudimos ver, pero sabíamos